

Así era papá

JEAMEL MARÍA FLORES HABOUD

Universidad Ricardo Palma

Lo más determinante de mi padre era su silencio y su paciencia que, con los años pude descubrir, configuraban su impresionante capacidad de amar. Ese amor cristiano del que mi madre tanto alardeaba, que sentía que ella poseía a través de fórmulas aprendidas -ese amor al que los santos llegan después de largos periplos de austeridad y martirio-, en él parecían aflorar naturalmente desde una sabiduría ancestral que le llegaban por quién sabe qué extraños caminos del inconsciente colectivo de alguna cultura lejana desde el fondo del Perú y desde el fondo de España.

Ahí estaba, consignado en su mirada tierna, en su análisis exhaustivo de los hechos, en sus proyectos solidarios, como un lirio está depositado en una rama entre la floresta: solo para dar belleza y alegría al paisaje; solo para hablarnos del inconmensurable amor de Dios; solo para decirnos con humildad que nos distraemos en los aspavientos de las cosas banales cuando la esencia, lo que realmente vale la pena, está siempre a nuestro alcance. Ahí estaba y parecía siempre dispuesto a dejarlo todo en su entusiasmo, en el momento irrepetible en que sonreía o abrazaba, e incluso cuando el vuelto a su generosidad era la envidia, el odio y/o la siempre torpe y estúpida venganza.

Nunca se quejó: solo callaba y esperaba. Así lo hacía siempre. Podía ser algo banal, como que en una transacción comercial intrascendente –en el mercado, digamos- le dieran un producto en mal estado. Cuando yo quería protestar o “reclamar”, solía decirme: “shhh”. Aceptaba lo que le daban y se iba. Cuesta entender que el amor esté por sobre la justicia; que sea un “plus” que el sujeto le da al mundo “porque sí”; que sea “un menos que es un más”, como diría Levinas; y que se haga por voluntad propia. *Pero ahí están tus pasos, papá; ese derrotero de todos los días en el que fuiste esparciendo semillas oriundas y exóticas de un inigualable compromiso con la vida y en el que reverbera aún tu ejemplo.*

Así era papá. Su amor podía confundirse con desidia o torpeza, pero no lo eran. Quienes lo conocían sabían que se hizo solo y que hizo camino al andar. Que fue su inteligencia la que le abrió las puertas de importantes universidades y organizaciones en Europa y en el mundo, primero como estudiante y luego como profesional: doctor en economía por la universidad de Grenoble; consultor de diferentes programas de Naciones Unidas, como el PNUD; y director de diversos proyectos internacionales para el desarrollo. La tecnología era su tema; propuestas para acabar con la pobreza, su compromiso; y el amor, su vocación. *Tanto que me parece que enrojeces, papá, cuando enumero tus logros del intelecto y, estoy segura, que si estuvieras presente, cambiarías de tema hacia cualquier cosa graciosa o simple que sucedió con algún allegado hoy o ayer.*

Nunca reclamó nada para sí, aunque a mis ojos, está claro, era el mejor. Siempre estuvo en el lugar que las circunstancias le daban para sostener y construir, con su esfuerzo y las herramientas que tenía —que no eran pocas— en pos del bien común. Prefería dar que recibir, prefería tener la mano extendida para ayudar que empuñada para atacar y tenía una increíble capacidad para ponerse en los zapatos del otro que impresionaba hasta el punto que una enmudecía asombrada sin entender bien que era lo que estaba sucediendo: porque el perdón excede cualquier explicación. *Aún descifro, papá, las huellas que dejaste en el camino; aún busco los senderos que me llevarán a la gloria de mi propia existencia: solo sé que si un día me coronó en el altar de mi realización personal es tu mano la que me sostiene y tus pasos los que me acompañan hasta llegar hasta ahí...*

¡Feliz día, mamá!

A las que esperan y a las que ya se cansaron de esperar,

A las que han guardado sus ilusiones en el cajón de la mesa de noche y a las que no desisten de soñar,

A las que tienen todas las respuestas a todas las preguntas y a las que dudan más que Descartes,

A las que saben todo y a las que solo saben que no saben nada,

A las que intuyen a las que caminan a las que creen a las que vuelan, a las que surcan mares, cruzan ríos, escalan montañas, sortean precipicios, atraviesan desiertos, vencen tormentas

Y a las que solo aman si hay colchones de plumas, sábanas de seda y tenedores de plata,

A las que viven en la pobreza asfixiante, en el abandono físico, en la soledad psíquica y a las que mantienen íntegro el rescoldo del corazón donde son madres,

A las que soportan las peores pesadillas con una abnegación cuasi divina y a las que ya no resisten los avatares del destino e increpan al cielo su desconcierto con la sangre entre las manos,

A las que miran el horizonte con lágrimas en los ojos y a las que sonrían cada día como si fuera el primero,

A las que animan, a las que retienen, a las que inventan alas, a las que atan pies al barranco para que no las olvides, a las que sostienen, a las que tienen miedo, a las que imaginan, a las que son mezquinas, a las que nunca se rinden, a las que crearon su cárcel, a las que siguen apostando...

A las que son estrella, mar, pitonisa, tierra, volcán, semilla, camino, refugio, árbol, prórroga, calma, tristeza, altura, expectación, vértigo, cálculo, dogma, libertad, plenitud, desamparo, compañía, ilusión, fantasía, espanto, integridad, mundo, cosmos,

Porque somos una madre para cada hijo y somos todas las madres en diferentes momentos,

A la que somos, a la que fuimos, a la que seremos, a la que no pudimos ni podremos ser, a la que habita en nosotras pero no conocemos, a la que se rinde ante las circunstancias y a la que se forja a pesar de las adversidades,

A todas y a cada una: ¡Feliz día, mamá!

